Enrique Bienzobas

El horror de una discapacidad disimulada

(reflexión a raíz de dos lecturas)

Bernhard Schlink: *El lector*. Trad.: Joan Parra Contreras. Editorial Anagrama, Barcelona, 1997.
Ruth Rendell: *Un juicio de piedra*. Trad.: Adela Miró Sans. Ed.: Noguer, Barcelona, 1982

Leer, casi tanto como respirar,
es nuestra función esencial.
Alberto Manguel
Una historia de la lectura, Siglo XXI, 2014

I

El analfabetismo es, sin duda alguna, una discapacidad y, como tal, debería ser entendida y tratada, pues impide, como otras muchas, el desarrollo autónomo de la persona.
Dentro del analfabetismo hay algunos grados. Está el analfabetismo *total*, es decir, personas que no pueden leer ningún mensaje escrito, tales como paneles de información en estaciones de autobús, trenes, aeropuertos..., por no hablar de documentos oficiales, letra de los contratos, periódicos, revistas, libros... Quienes la sufren se encuentran con una grave imposibilidad de realizar una vida normal, ya que no están en condiciones de leer el nombre de las calles, de las paradas del metro...
El analfabetismo *funcional*, lo sufren las personas que sabiendo leer y escribir, solo pueden, por sus escasos conocimientos, acceder a cortos textos. No saben resolver de una manera adecuada las tareas con las que se enfrenta a diario como rellenar un impreso, una solicitud de trabajo, entender un contrato...
Por último en el escalafón se sitúa el analfabetismo *secundario* [Hans Magnus Enzensberger, "Elogio del analfabetismo", El País, 8/2/1986]. Son las personas que saben leer, saben escribir, pero no tienen espíritu crítico y, lo que es peor, hacen gala de ello, como reivindicando *su* estupidez. Se consideran unas personas bien informadas, creen estar al día, son capaces de descifrar las instrucciones de uso de los objetos que compran, electrónicos la inmensa mayoría (*esto* -señalando el último modelo de teléfono inteligente- *es el futuro*, dicen), conoce los pictogramas, sabe interpretar los cheques...

Su mundo es hermético y en él se aíslan, sin conciencia social, si bien son usuarios de las llamadas "redes sociales", donde vuelcan toda su intimidad. Muchos alcanzan éxitos profesionales y logran puestos de responsabilidad.

Los casos de Hanna (*El lector*) y de Eunice (*Un juicio de piedra*) son un ejemplo del primer analfabetismo, el total. Ninguna de las dos sabe leer, ninguna de las dos sabe escribir. Las dos están acomplejadas ante la sociedad, esa sociedad que las margina, o tal vez sean ellas las que se auto excluyen. Las dos esconden su minusvalía. Las dos son respetuosas, al menos por *educación*, con las gentes que les rodean. Las dos se esconden frente a los demás, se sienten apartadas y, por lo tanto, los demás no conocen su situación, *su problema*. Piensan que todo el mundo se reiría de ellas y las despreciaría. Por timidez, por miedo a que los demás sepan su problema, fabrican un caparazón imposible de traspasar. Esta situación las lleva a reaccionar de manera diferente: la primera se aísla y no duda en ir a la cárcel para que nadie sepa *su problema*. La segunda se convierte en una sociópata.

Hoy, sin embargo, los analfabetos funcionales y secundarios, fundamentalmente estos últimos, reaccionan de manera distinta: hacen gala de su sandez. Lanzan a los cuatro vientos su necedad, publicando sus intimidades y estupideces en las "redes sociales", como piensan que están suficientemente informados, creen que el mundo está bien como está. No dudan en creer las mentiras más burdas lanzadas por personas interesadas en convertir a la sociedad en un conjunto de imbéciles. Las defienden, así como defienden su ignorancia, bajo una disfraz de *conocimientos*, y no dudan de emplear malas maneras, cuando no la violencia, para imponer su criterio. Son la clientela perfecta de los dictadores.

II

La historia de Eunice Parchman es la historia de un miedo atroz a que la gente, sobre todo la familia que la acoge, los Coverdale, una familia culta (fue asesinada escuchando la ópera *Don Giovani*), universitaria y que, sin duda, se aprovechan del muy eficiente trabajo de *la criada*. El miedo, el aislamiento social, la lleva a convertirse en amiga de una mujer desquiciada y fanática, Joan Smith que en otro tiempo ejercía de prostituta pero que en un momento determinado recibió el mensaje de Dios convirtiéndose al cristianismo e ingresando en una secta de fanáticos.

Es conocida y muy celebrada la frase con la que empieza la historia de Eunice: "Eunice Parchman asesinó a la familia Coverdale porque no sabía leer ni escribir". Naturalmente esta no es una reacción normal, afortunadamente, de los analfabetos. Aunque la búsqueda de la autodestrucción, ese auto aislamiento que sufren por miedo, puede llevar a situaciones extremas, como en el caso de Hanna que se declaró culpable de colaborar con los nazis simplemente porque no quiso decir, que no sabía leer.

Eunice entra a servir en casa de la familia Coverdale. La ha ayudado su amiga del barrio pobre de Londres donde vive, respondiendo a un anuncio en la prensa solicitando mujer para el servicio. Annie escribió haciéndose pasar por ella, a la vez que la aleccionó sobre su comportamiento: "no te olvides de llamarla señora -le decía–y no hables hasta que te dirijan la palabra". De joven Parchman asistió a una escuela infantil cercana a su casa, pero el estallido de la Segunda Guerra mundial produjo un cambio sustancial, miles de niños fueron enviados al campo antes de haber aprendido a leer, pero los padres de Eunice, creyendo que era maltratada, la sacaron de la casa de acogida. Regresó al Londres de las bombas, los incendios, las ruínas. Iba a la escuela de vez en cuando, pero cuando llegaba a una clase los alumnos estaban más adelantados que ella. Nadie "se tomó la molestia de descubrir" su fallo y, claro, nadie lo remedió. A partir de entonces su mundo era cada vez más estrecho, más oscuro, su ignorancia era total.

Las triquiñuelas preparativas para la entrevista dieron un resultado positivo, bien es verdad que la señora Coverdale estaba más que dispuesta a contratarla.

Su vida con esa familia podía haber sido grata y tranquila. Pero le ocurrió lo mismo que le había pasado siempre: creyó que todos los miembros de la familia querían descubrir su secreto y su rechazo, su aislamiento, se convirtió en algo mecánico. Consideraba a la palabra impresa su gran enemigo y la dichosa familia no hacía más que recurrir a ella. Todos se entrometían y lo que era buena intención a ella le parecía una persecución atroz. Poco a poco fue surgiendo un sentimiento de odio hacia ellos por no dejarla tranquila en su estrecho y oscuro mundo.

Fue por entonces cuando se hizo amiga de la trastocada Joan Smith. Fanática que odia, *por amor a Dios*, a los divorciados, a los que no participan de sus creencias, a los que son distintos a ella... Tal odio la convierte en un instrumento de matar, de eliminar al otro. Estas ideas se meten en la cabeza de Eunice y el resultado fue lo que fue: un crimen sin sentido (los crímenes no tienen otro sentido para los asesinos que el que ellos quieran darles).

Ruth Rendell fue una escritora cuya larga publicación no impide la calidad literaria, llevándose en vida muchos premios, entre ellos la *Daga de Plata* de la Crime Writers en cuatro ocasiones. Se caracteriza por crear bonitas figuras literarias e intercalar textos, a veces simplemente frases, muchas lapidarias, de otros autores (Dostoyesvski, H. James, Fitzgerald, Shakespeare, Byron...). *Un juicio de piedra* está considerada como su obra cumbre. Sea como fuere a mí me parece que es una obra muy bien construida que, siguiendo una de las características de la novela negra: el interés no está en descubrir al asesino -como en la *novela problema*-, sino en conocer cómo se descubre su crimen, cuáles fueron las motivaciones y, de paso, mostrar cómo estaba estructurada la sociedad (y sigue estando en la actualidad), de su época, no demasiado lejana por otro lado -la novela se publicó en el Reino Unido en 1977 y en 1980 en España-, una sociedad donde los ricos tienen acceso a la enseñanza, a la cultura, al arte..., mientras que los pobres, sin acceso a la cultura, tienen, como destino, servir a la clase poderosa, cuando no morirse de hambre o en la cárcel por haber robado unas gallinas. Recientemente, en septiembre, pudimos asistir a la presentación de un relato de viajes de un escritor, hijo de papá, hijo del IBEX-35, en el que, para atraer a aquellas personas, en su viaje "sufrió" mucho, sin comida, sin poder apenas dormir y, cuando lo hacía, en lugares muy cutres... No se qué hubiera pasado si la presentación de su relato se hubiera producido en la Cañada Real de Madrid, donde se come poco, se duerme mal, por frío, por calor, por falta de agua..., donde se alumbran como pueden, donde se sufren esas "molestias", propias de este tipo de intelectuales, todos los días del año, no solo durante un viaje pernoctando en hoteles que, por muy cutres que sean, tienen luz, baño en la habitación y, muy posiblemente, acceso a Internet.

La señora Rendell ama a la naturaleza. En la novela que comentamos los cambios de cada estación están tan sensualmente expresados que podemos experimentarlos, verlos y olerlos: la llegada de la primavera, ("los endrinos habían cedido el terreno a los espinos, los setos estaban cubiertos de flores..."), el inicio del verano ("así pasó la primavera […], las flores se secaron y los árboles se cubrieron de hojas. Los faisanes llegaron a los campos a comerse el trigo verde..."), la llegada del otoño ("... los largos brotes y las ramas, bayas y zarcillos de la brionia *-nabo del diablo-,* y los salvajes clemátides, y la tillandia, con sus plumones blancos como la barba de un viejo, lo cubrían todo con un manto de pelusilla blanca"), y el invierno...

La ceremonia, dirigida por Claude Chabrol (1995), se inspira en la novela de Ruth Rendell. En ella se nos muestra el horror de ese silencio forzado, esa frustración que

lleva al odio, a la obsesión por esconder *el problema* de la protagonista que la arrastra, fatalmente, a un final trágico.

III

El caso de Hanna Schmitz es distinto. Se trata de una mujer tranquila que conocemos a la edad de 36 años, cuando el joven Michael Berg, de 15 años sale del colegio enfermo de ictericia para ir a su casa, pero a mitad de camino ya no puede más y se detiene a vomitar. Hanna le ve, le limpia y le acompaña a casa. Era entonces el año 1958, Alemania había salido de una terrible guerra provocada por sus dirigentes y se está produciendo cierta persecución a los responsables, solo cierta, hubo muchos que se largaron tranquilamente y otros que se quedaron reconvertidos en demócratas. Y los alemanes quisieron lavar su conciencia, a costa de responsabilidades secundarias.

Hanna es una mujer sosegada, trabajadora, es revisora en una compañía de tranvías. Nunca habla de ella. El joven, que pasa tres meses en la cama, cuando se recupera quiere dar las gracias a aquella señora que fue tan amable con él. Michael se siente atraído hacia ella y esta le corresponde. Surge una relación literario-sexual, pues antes de practicar el sexo ella le pide que le lea y el joven lo hace, empezando con la *Odisea*, que había estado traduciendo durante su convalecencia. A ella le encanta la voz tanto como lo que oye. Desde entonces surge un ritual: baño, sexo y lectura que, poco a poco cambia el orden. Hanna le escucha, le gustan las historias, se ríe con lo que oye, protesta despreciando a uno o a otro, se indigna... Y así van pasando las tardes con las visitas de Schiller, Tolstói, Dickens, Chéjov, Kafka...

Pero un día todo termina. Una tarde calurosa. Él está reunido con sus amigos y amigas en la piscina. Ella se deja ver medio escondida. Él se avergüenza de ella. Ella solo quería despedirse. Ella desaparece sin explicación alguna. Desde entonces el joven no olvida a Hanna y su entusiasmo por lo que escuchaba.

Cuando Michael, estudiante de Derecho, acude en prácticas a un juicio contra unas vigilantes de un campo nazi, se lleva la gran sorpresa de que Hanna está entre ellas. En el transcurso del juicio Michael empieza a sospechar que Hanna no sabía leer. El descubrimiento es una bomba: por vergüenza a que se sepa *su problema* se declara culpable y es condenada a prisión. Él reconstruye la vida de una joven que del campo pasó a la ciudad, sin educación, que realizaba sin rechistar trabajos que no requerían ninguna especialización, que rechaza cargos más elevados por no hacer público *su problema* y que cuando llegan los nazis reclutando mujeres se apunta solo porque no es necesario saber leer. Termina de vigilante en un campo de prisioneras en Cracovia.

Michael, envuelto en una niebla de horror y amor, decide grabar para, que el encierro de Hanna sea más llevadero, sus lecturas en casetes y enviárselas a la prisión. Así ella volvió a escuchar a Chéjov, Kafka, Fontaine... Los casetes se convierten en la memoria dolorosa de aquel tiempo en el que amor y lectura se mezclan a partes iguales. Dos víctimas del horror nazi. Dos víctimas de la guerra. Dos víctimas que quisieron transformar el odio en amor.

El autor, Bernhand Schilink es profesor de leyes en la Universidad de Humboldt, Berlín, y juez de la corte constitucional de Renania del Norte-Westfalia. Escribió, además de *El lector*, esa extraordinaria invitación a la reflexión sobre la intolerancia, también otras novelas, entre ellas las de corte policíaco protagonizadas por el detective Gerhard Selb, que anteriormente había sido fiscal en la Alemania nazi, empezando por *La justicia de Selb (1987)*, en colaboración con Walter Popp y, después en solitario: *El engaño de Selb,* 1992, y *El fin de Selb*, 2001. También ha publicado otros relatos que nada tienen que ver con Selb.

Madrid, septiembre 2021